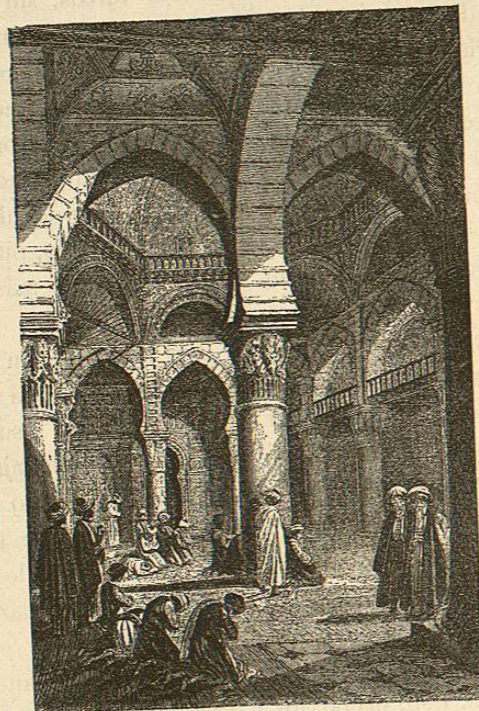


año, diremos que el Akrocorinto tuvo que rendirse por hambre.

La campaña marítima no tuvo importancia alguna, y Chosrev regresó á Constantinopla sin haber hecho nada, ni aún pudo apoderarse de Miaoulis, á quien una tempestad había arrojado con otros tres buques en medio de la escuadra turca, de la que consiguió desasirse después de cuatro horas de fuego.

Si la escuadra griega no hizo nada, atribúyese

esto á la falta de dinero, y sin embargo, cuando se hizo á la mar en otoño, como movida de un sentimiento de pudor á influjo de Maurokordatos para ir á socorrer las ciudades de las lagunas tan milagrosamente salvadas por la resistencia de Anatoliko, tuvieron la suerte de aprisionar un brick que llevaba quinientas mil piastras, y por fin también por casualidad toparon en el canal de Oreos (Hastiaia), con diez buques mandados por el pachá de Salónica, que traían á bordo prisioneros de Eubea, dejan-



Una mezquita turca

do en su poder los turcos seis buques, uno de ellos incendiado.

Si no fueron grandes la actividad y energía de los turcos durante la campaña de 1823, la de los griegos del Peloponeso aún fué menor, pero esto se debió, como ya es de presumir, á las querellas entre los dos partidos que acabaron por venir á las manos.

Kolokotronis, no habiendo hecho cosa de provecho durante todo el año, perdió mucho en el concepto del partido militar, pero no podía reemplazarle otro jefe, y esto fué causa de que ese partido se desalentara á pesar del inesperado apoyo que encontró en Petrobey que abrazó su causa desde el primer momento, indudablemente creyendo que con su alianza conseguiría poder prescindir de la enojosa Asamblea legislativa que vigilaba sin cesar espiando los pasos de los prohombres del partido mi-

litar para anularlos. Dada, pues, esta disposición de ánimo, no es de extrañar que la Asamblea procurara anular al gobierno y el gobierno á la Asamblea, acabando por ser dispersada por Petrobey y Kolokotronis, pero como no hicieron más que espulsar á sus miembros de Argos, estos se reunieron en las islas, en Kranidi, y desde allí se continuó llamando el gobierno legal de Grecia, llamando á su lado á todos los patriotas que quisieran salvar la causa de la patria y del orden.

Maurokordatos se puso desde luego á su lado; la prensa que había hecho su aparición en Missolonghi y en Hydra, apoyó también á la Asamblea y á su ejemplo se unieron á ella Lontos, Zaimis, Notaras, Giatrakos, Kephala, etc., etc., y dicho se está la escuadra griega, con cuyas fuerzas resolvió reaparecer en el Peloponeso, presentándose en Nauplia,—18 de Marzo de 1824,—que arrancó á caño-

nazos de manos de los rebeldes, de Akrocorinto que se le entregó el 2 de Abril, avanzando hasta Tripolitsa que era ya desde hacía algún tiempo el centro del gobierno, apoderándose de sus barrios de extramuros el 13 de Abril. Pero si los jefes helenos tenían ganas de batirse, de estas ganas no participaban sus soldados y las batallas de Tripolitsa se convirtieron en salvas, escapando los rebeldes y tomando posición de la ciudad la Asamblea.

En esto se difunde la noticia de haber llegado á Zanto cuarenta mil libras esterlinas, primer plazo de un empréstito contratado en Londres, y Kolokotro-

nis se dijo que, desde el momento que ese dinero fuera á parar en manos del gobierno, se había acabado su popularidad é influencia, porque pudiendo entonces pagar bien la Asamblea á sus soldados y con toda regularidad, tendría más gente que él, por cuyo motivo resolvió á toda costa apoderarse del dinero, apoderándose de la Asamblea.

A este fin desplegó su acostumbrada actividad de los grandes días y él, que había tenido que escapar de Tripolitsa, ahora se disponía para sitiar á la Asamblea. La Asamblea se había retirado á Argos, y sus defensores estaban decididos á echar abajo la



Sepulcro de Napoleon en Santa Elena

reputación militar de Kolokotronis, quien se batió una y otro día con sus partidarios, contra las tropas de la Asamblea, apoyadas á veces por la escuadra de Miaoulis hasta acabar por desesperar Kolokotronis del triunfo, ofreciendo deponer al fin las armas mediante una amnistía y que se le entregasen veinticinco mil piastras para pagar á su gente. Allanóse á esto el gobierno de la Asamblea que tan grande necesidad de sumar fuerzas tenía para resistir al turco en el momento más crítico de la lucha, y el 14 de Julio de 1824 se dió la amnistía.

El nuevo enemigo que Grecia iba á tener que combatir, era á Mehemet-Alí.

La Puerta había llegado al último extremo. No tenía dinero. Para procurárselo había ordenado que los particulares presentaran su plata y ya es sabido que es lo que sucede en estos casos. Pero si no tenía dinero tampoco tenía hombres, porque nadie quería montar los buques turcos sobre los que parecía pesar la desgracia, ni nadie quería ir á alistarse bajo las banderas de Skodro, el albanés, el amigo de los cristianos que ambicionaba crearse una posi-

ción como la de Alí-Pachá de Janina, ni á las de Omer-Vrione que no quería alejarse mucho, de Janina, que le había tocado en suerte y sobre la que presentía que tenía puesto por sus ojos Skodro, de cuya lealtad desconfiaba, recordando que los albaneses eran cristianos y habían sido la gente de Alí-Pachá.

En esta apurada situación era justo que Turquía pensase en sacar gente y recursos de Egipto y á este fin envió una misión secreta á Mehemet-Alí, —7 de Marzo,—para ofrecerle el mando en jefe del ejército de Grecia á condición de que fuera allí al frente de sus tropas. Mehemet no podía despreciar una ocasión que se le daba para dar pruebas de su semi-independencia y entró desde luego en el modo de ver de la Puerta.

Poderoso era el enemigo que iba ahora á tener que combatir la pobre Grecia postrada casi por su larga resistencia, y cuando ya tenía poco menos que agotados sus propios recursos. ¿Quién acudiría ahora en su auxilio? ¿Quién iría á llevarle el suplemento de fuerzas que había de necesitar para resis-

tir al feroz egipcio, cuando ningún gobierno europeo se mostraba dispuesto á tenderle la mano? Es en este momento crítico y decisivo cuando se ve hasta dónde llega la fuerza de una idea. Los que habían estado denunciando un día y otro el movimiento

griego como un movimiento revolucionario, acabaron por poner de su lado el espíritu liberal radical de Europa y éste hizo el milagro que necesitaba para salvarse.

Este milagro fué la obra de Byron.



CAPITULO XXI

EL FILOHELENISMO

Como principió el filohelenismo. — Alemania. — Inglaterra. — Lord Byron. — Los filohelenos ingleses en el campo del partido Klephte.

NI las susceptibilidades legitimistas de Rusia, ni la indiferencia de Prusia, ni la política expectante y poco sistemática de Francia, ni los fríos cálculos de Inglaterra y Austria, ni el interdicho pronunciado en Grecia contra los griegos, fueron parte á enfriar las ardorosas simpatías del Occidente de Europa por la causa griega.

Si todo renacimiento histórico de un gran pueblo antiguo es hermoso, el renacimiento de aquella Grecia que aún hoy aprendemos á amar desde que asistimos á las primeras clases del colegio, y aún antes, porque la antigua civilización griega ha penetrado nuestras costumbres y nuestra cultura hasta la sangre, había de ser para todos los pueblos de Occidente objeto de sus más fervientes votos; y si esos pueblos del Occidente no se hubiesen visto precisamente envueltos al estallar las heroicas luchas de Grecia por su libertad en las heroicas luchas de dichos pueblos para reconquistar la libertad constitucional, ni las susceptibilidades de unos, ni las indiferencias de otros, ni los egoísmos de aquéllos hubieran podido nada contra el clamor general que se hubiera levantado en el Occidente europeo en favor del restablecimiento de Grecia. Pruébalo el que el mismo Niebuhr pedía una cruzada; pedía

que la cristiandad se encargara de la emancipación de Grecia.

Por esto el movimiento de los filohelenos fué en un principio insignificante, porque los que hubieran partido de buen grado á derramar su sangre al lado de los descendientes de los padres de la civilización de Europa, ahora debían verterla en defensa de su propia libertad.

Sin embargo, desde el primer momento acudieron algunos voluntarios y algunos hombres de mérito como Raybaud, Hastings, Gordon, etc., quienes fueron mejor ó peor recibidos por los jefes griegos según el grado de su cultura, pues cuando hemos visto á Kolokotronis enfadado con la casaca de Maurokordatos, no podemos ya dudar de que se trata de un pueblo inculto, ignorante, alejado de las costumbres europeas é incapaz de comprender lo que significaba la cooperación de aquellos hombres que abandonaban las comodidades de la vida europea, para correr á los montes de Grecia en busca de las balas turcas, sólo por tener la satisfacción de decir, de escapar con vida «yo también me batí por la patria de Homero y de Platón.» Claro está que los que como Maurokordatos se presentan vestidos á la europea, con gafas y todo, entre los suyos, quienes por lo contrario, y se comprende desde el primer